

En la tierra
somos fugazmente
grandiosos

El tiempo es una madre

La madre de Ocean Vuong se llamaba Lê Kim Hồng. Su nombre significa rosa: la flor y el color. En Estados Unidos, la llamaban Rose. Trabajaba en un salón de manicura. Murió en 2019 de cáncer de mama. En *El tiempo es la madre*, Vuong transita su pérdida; la herida que, dice, «nunca se va a curar». El duelo, la violencia enquistada en el lenguaje, y el trauma de los apegos evitativos en la familia son algunos de los temas centrales de este segundo y esperado poemario. Una obra que demuestra, una vez más, la calidad literaria del autor de *Cielo nocturno con heridas de fuego* y *En la tierra somos fugazmente grandiosos*.



[illegible]



El tiempo es una madre

Ocean Vuong

EN LIBRERÍAS EL 17 DE ABRIL

Traducción de Elisa Díaz Castelo
Edición bilingüe inglés-español
XX pp.
22 euros
140 x 210
Rústica

UNO DE LOS MEJORES LIBROS DEL 2022 SEGÚN LA REVISTA *TIME*

«Tierna y descorazonadora... Esta colección de poemas plantea el duelo como una emoción y como un acto sagrado, a través del recuerdo de la historia que Vuong compartió con su madre y de la apreciación de la familia que forjaron entre los dos. Profundizando en los temas viscerales que en 2019 hicieron de su novela *En la tierra somos fugazmente grandiosos* una revelación, Vuong atraviesa lo intensamente personal y lo ampliamente político con gracia y valentía.»

TIME

«Una colección de poesía conmovedora. Vuong experimenta con el lenguaje y la forma mientras explora las secuelas de la muerte de su madre y su determinación de sobrevivirla.

Tómese su tiempo con estos poemas, y vuelva a ellos a menudo.»

The Washington Post

«La poderosa obra que sigue a *Cielo nocturno con heridas de fuego* revela mucho más que crecimiento poético: profundiza y expande un proyecto de poesía absoluto con veintisiete nuevos textos que indagan en la pérdida y la transitoriedad...

Este fantástico libro recompensará a los fans y generará nuevos.»

Publishers Weekly

«Como Orfeo descendiendo al inframundo, Vuong nos lleva a los límites pálidos y candentes de su duelo, planteando con visionario fervor el amor, la agonía y el tiempo... Estéticamente ambicioso y absolutamente original... Vuong se abre en canal y se reconstruye.»

Esquire

EL TIEMPO ES UNA MADRE EN CUATRO POEMAS

«Querido Peter»

El segundo poema de la colección es una carta que Vuong envía a Peter, su pareja, desde un centro de rehabilitación. Vuong nunca ha ocultado su compleja relación con las drogas. Una relación que empezó en la infancia, durante la epidemia de adicción a los opioides que asoló Estados Unidos a principios de los 2000, y que el autor vivió en la Connecticut posindustrial. Ya en la edad adulta, el propio Vuong desarrolló una adicción «a todo lo que puedas machacar para convertirlo en polvo blanco», como cuenta en una entrevista publicada por *The Guardian* en abril de 2022. En 2012, Vuong pasó dos semanas en una clínica pública de desintoxicación. En esa misma entrevista, dice: «[la adicción] es una de las cosas más humanas que hay. Son el cuerpo y la mente intentando encontrar una salida. Tenemos el deseo de estar bien, de sentirnos mejor, y eso amplifica el horror que nos rodea».

me tratan bien
aquí no
me hacen olvidar
el mundo como tú
me prometiste pero bueno
de nuevo vivo dentro
de mi cabeza
donde estoy a salvo
porque no estoy
ahí el xanax
se disuelve y yo
todo bien esta cama
ya no naufraga
en el mar la puerta
se acerca
ahora y me voy a
tomar algunos días
logro llegar
al cuarto de lectura
tienen alguien voló sobre
el nido del cuco te
imaginas pero oye
creo que estoy mejorando
aunque ayer me di
cuenta en el patio
de que todavía le tengo miedo
a las mariposas
cómo se mueven casi
como un corazón
en llamas sé que no tiene
sentido esta pastilla
una esquirra del hueso de la voluntad

que me hace involuntario Peter
me da pena
cualquier persona
que tenga que morir a pesar
de que una vez
tuve quince años pero
quién sabe digo mentiras
para evitar
caerme
de mí mismo tú
no lo
creerías un hombre
detrás de un
walgreens me dijo una vez
puedo hacer que parezcas
algo verdadero
joder dijo
ay joder te pareces tanto
a mi hermanito
entonces dejé que me besara
de gratis pero bueno

la niñez

es sólo una jaula
que crece
como esta luz del sol honesta
a través de la ventana de la clínica
donde una chica
en metadona
aplaude sola
para apresar una mariposa beige
que se golpea la cabeza
contra la pared beige Peter
traigo puestos tus calcetines verde agua
para estar cerca te juro
que aprenderé a nadar
cuando salga de una
vez por todas
el cuerpo flota
por alguna razón tal vez
podemos nadar hasta
él y sostenernos
y patallar de vuelta
hasta la costa Peter creo
que lo estoy haciendo bien
ahora por fin tal vez
estoy ganando incluso
si sólo parece
que mis dedos tiemblan

«Leyenda estadounidense»

La relación paternofilial es otro de los temas recurrentes en la obra de Vuong, que trata en varios de sus poemas la ausencia de la figura paterna, la carencia de afectos y el trauma de los apegos evitativos en el núcleo familiar.

El padre de Vuong fue encarcelado dos veces: la primera en Vietnam, antes de que la familia emigrara a Estados Unidos, y la segunda ya en occidente, por violencia doméstica. Tras divorciarse de su mujer, el padre de Vuong se desvinculó por completo de su familia.

En «Leyenda estadounidense», Vuong imagina situaciones de convivencia con su padre en un intento por experimentar la comunicación que en su infancia le fue negada. En este poema, esa fantasía toma forma de un accidente de coche provocado por Vuong, que sólo durante las vueltas de campana del vehículo consigue tener un acercamiento físico a su padre.

Este texto es también una buena muestra de hasta qué punto concibe Vuong la poesía como un medio de comunicación: a mitad del texto, el poeta encuentra en los propios versos «un teléfono público» desde el que llama a su madre para contarle el accidente.

Pues estaba en el coche
con mi viejo. El día desperdiciado
salvo por la niebla cobalto
que se cerraba a nuestro alrededor.
Íbamos en camino a matar
a nuestra perra, Susan. Digo, teníamos
que llevarla a la veterinaria
para que la durmieran, para
matarla o meterla
ahí mismo en su cama
de tierra —aunque sabía que a Susan
la volverían cenizas en
el incinerador
de atrás. Bocanadas
de humo, pequeños caniches
fantasmas. ¿Qué quería decir
con todo esto? Cierto —el coche,
la lluvia, la leyenda de la felicidad
y el dolor. Mi padre
y yo, el Ford tan grande
que nosotros nunca
tendríamos que tocarnos. Y tal vez quise
dar una vuelta demasiado pronunciada
en esa horquilla. Y el auto se volteó
como una nueva ley, a 120. Tal vez
quería, por fin, sentirlo
contra mí —y
funcionó. Mientras daban vuelta los colores
en el parabrisas, salvajes
los metales contra
nuestros hombros, con esa humedad

de pronto, tibia
en todas partes, él chocó
contra mí y
nos abrazamos
por primera vez
en décadas. Fue perfecto
y fue un error, como el dinero
en llamas. La piel
alrededor de su cuello tan suave, su
loción de algún modo
verano. Duró
menos de un segundo pero
sonreía, sus dientes
casi desaparecidos, como si alguien
los hubiera borrado para darle espacio
a algo más verdadero. Escríbelo
con tu puño y letra, hijo, me pidió
una noche, después de contarme
por qué hizo lo que hizo
con su vida, perdido
de borracho con Hennessy. Estábamos
sentados en la cocina antes de su turno
en la fábrica de calcetines. Sus ojos: gotas de lluvia
en una pesadilla. Lo toqué, luego
lo solté. El coche dejó
de girar y nosotros terminamos colgados
de cabeza mientras las cosas goteaban. Vapor
o hálito. Hice
lo que cualquier chico haría
cuando obtiene exactamente
lo que deseaba: besé
a mi padre. Él sonrió,

creo. Sus pupilas

estaban en otra parte.
Extendí la mano hacia atrás, abrí
la jaula. La perra
salió, husmeó
a mi jefe, todavía tibio, y luego huyó
al bosque, internándose en su segundo
futuro. Me alejé de esa chatarra
hasta que los metros se volvieron
meses, años, el camino de tierra
una ciudad, hasta que mi rostro
se volvió este rostro y la lluvia
limpió la gasolina
de mis dedos. Encontré
un teléfono público en el centro
del poema y te llamé
por cobrar para decirte todo esto
sabiendo que no va a hacer
ninguna diferencia, sólo
más. Así que buenas, hola, la sangre
dentro de mis manos
está ahora dentro
del mundo. Las palabras, dicen
los profetas, no destruyen nada
que no puedan reconstruir de nuevo. Lo hice
para abrazar a mi padre, para liberar
a mi perra. Es una vieja historia, Ma,
cualquiera puede contarla.

«Ni siquiera»

En este poema aparece el Vuong más crítico a nivel social y político. «Ni siquiera» condena la capitalización del malestar, al modo en que las clases privilegiadas perciben la desigualdad que padecen otros como algo de lo que pueden sacar rédito moral y económico.

En este poema, esos colectivos privilegiados aparecen representados a través de dos mujeres blancas estadounidenses. La primera, joven y heterosexual, le dice a Vuong «Tienes tanta suerte. Eres gay y además puedes escribir sobre guerra y así. Yo sólo soy blanca. [Pausa] No tengo nada. [Risas, el tintineo de copas]». La segunda, una mujer mayor del medio oeste, viaja sentada al lado del poeta en un tren que atraviesa el estado de Iowa. Cuando Vuong, conmovido por la lectura de una obra de Joan Didion, empieza a llorar, la mujer le insta «Vamos, hijo. Sácalo todo. Que no te dé pena romperte. Sácalo todo y yo voy a traernos un tecito. [...] Dios es bueno. Dios es bueno.】».

La lucidez de Vuong se hace evidente no sólo en las sutilezas de la crítica, sino también, y muy especialmente, en la conclusión final: «Ahora puedo decir que era hermoso, mi daño, porque me pertenecía sólo a mí».

Hola.

Solía ser marica y ahora soy una casilla.

Con la punta de la pluma clavada en la espalda, siento la marca del progreso.

No bailaré solo en el cementerio municipal a medianoche, escuchando canciones tristes a todo volumen en mi teléfono, por nada.

Te lo prometo, estuve aquí. Sentí cosas que hicieron tan grande a la muerte que se volvió indistinguible del aire —y seguí destruyendo dentro de ella como el viento en una tormenta.

Cómo Lil Peep dice volveré en la mañana cuando conoces el final.

Cómo seguí bailando terminada la canción, porque me hacía libre.

Cómo el poste de luz parpadea dos veces, antes de despertarse para el turno de la noche, igual que nosotros.

Cómo levantamos la vista y murmuramos perdón, el chico y yo, cuando hay dientes.

Cuando siempre hay dientes, adrede.

Cuando me arrojé a la gravedad e hice que funcionara. Ja.

Logré salir por la piel de mis duelos.

Solía ser gay, ahora soy guay. Ja.

*

Una vez, durante una fiesta organizada en una azotea de Brooklyn para lograr una “vibra creativa”, una joven me dijo, mientras tomaba su bebida, Tienes tanta suerte. Eres gay y además puedes escribir sobre guerra y así. Yo sólo soy blanca. [Pausa] No tengo nada. [Risas, el tintineo de copas]

Puesto que todo el mundo sabe que el dolor amarillo, vertido en letras estadounidenses, se vuelve oro.

Nuestro dolor tocado por Midas. Napalm con un brillo arcoíris.

A diferencia de los sentimientos, la sangre se vuelve más real cuando la sientes.

Estoy intentando ser real pero cuesta demasiado.

Dicen que la tierra gira y por eso nos caemos pero todo el mundo sabe que es la música.

Se ha comprobado que es difícil bailar al ritmo de los disparos de una ametralladora.

Aun así, mi gente encontró un ritmo de esta forma. De una forma. De una fuga.

Mi gente, tan quieta en las fotografías como cadáveres.

Vi el vapor del cementerio en el amanecer rosado y supe que los muertos todavía respiraban. Ja.

Si vienen por mí, sáquenme de ésta.

¿Y si lo que nos creó no fue el choque sino el cascajo?

¿Y si así debía ser: la madre, el léxico, la línea de cocaína sobre la clavícula del chico con mohawk en el depa rentado del East Village en 2007?

¿Qué tengo mal, doctor? Debe haber una pastilla para esto.

Porque los cuentos de hadas tenían razón. Necesitas brujería para salir de aquí.

Hace mucho, en otra vida, en un tren Amtrak que atravesaba Iowa, vi durante algunos segundos borrosos a un hombre en medio del césped invernal, las manos a sus lados, dándome la espalda, todo él detenido ahí salvo por su pelo removido por el viento tenue.

Cuando el campo volvió a ser una serie de tractores de trigo, graneros eviscerados, sicomoros negros en los campos sin rebaños, empecé a llorar. Cerré mi copia de El álbum blanco de Didion y doblé una nueva oscuridad en torno a mi cabeza.

La mujer a mi lado me tocó la espalda, diciendo, con un acento del medio oeste que temblaba de ternura, Vamos, hijo. Sácalo todo. Que no te de pena romperte. Sácalo todo y yo voy a traernos un tecito. Lo cual me hizo perder aún más la compostura.

Volvió con té Lipton en vasos de papel, sus ojos en ninguna parte, azules y ahí. Se quedó en silencio hasta Missoula, donde se bajó y me dijo, dándome una palmada en la rodilla, Dios es bueno. Dios es bueno.

Ahora puedo decir que era hermoso, mi daño, porque me pertenecía sólo a mí.

Ser un dique para el daño. Ser una presa para el pesar. Mi jodidez no entrará al mundo, pensé, y me convertí de pronto en mi propio héroe.

¿Sabes cuántas horas he desperdiciado viendo a chicos hetero jugar videojuegos?

Suficientes.

El tiempo es madre.

No vayamos a olvidar que la morgue también es un centro comunitario.

En mi idioma, el que recuerdo ahora sólo al cerrar los ojos, la palabra para amor es Yêu.

Y la palabra para debilidad es Yêú.

Cómo dices lo que quieres decir cambia lo que dices.

Algunos le llaman a esto rezar, yo le llamo cuida tus palabras.

Rose, susurré mientras cerraban la bolsa sobre el cuerpo de mi madre, sal de ahí.

Tus plantas se están muriendo.

Suficiente. Ya basta.

El tiempo es una pinche madre, le dije a las lápidas, vivo, absurdo.

Cuerpo, umbral que eres, no seas sólo algo que atravieso.

La quietud. Eso era.

El hombre en el campo con el suéter rojo estaba tan quieto que se volvió, de algún modo, más cierto, como una herida de navaja en la pintura de un paisaje.

Como él, yo cedí.

Cedí y decidí que a partir de ahora será la felicidad. Entonces todo se abrió. Las luces brillaron a mi alrededor y hacia un clima blanco

y yo ascendí, húmedo y ensangrentado, fuera de mi madre y hacia el mundo, gritando

y suficiente.

«Historial de Amazon de una antigua empleada del salón de uñas»

Este peculiar poema, esta especie de lista lírica de la compra, recoge el momento en el que diagnostican a Rose de cáncer y los meses que transcurren hasta su fallecimiento.

A través del historial de compras realizadas en Amazon por su madre entre marzo de un año y noviembre del siguiente, Vuong capta la presencia absoluta de la muerte. La presencia absoluta del vacío que dejan los que ya no están.

Los primeros pedidos están compuestos casi en su totalidad por material de trabajo para el salón de manicura. Poco a poco, la lista empieza a incluir medicamentos para el alivio de dolor muscular puntual. Con los meses, el material de trabajo decrece y aumentan las medicinas, los parches de calor, los calcetines de mujer...

Al poner en conjunto todos estos productos —los componentes tóxicos de las manicuras frente a los calmantes para el dolor de la quimioterapia—, Vuong establece una relación de causalidad que nos obliga a mirar la cara más nociva del capitalismo y de la explotación laboral.

Mar.

Advil (ibuprofeno), paquete de 4
Esmalte de uñas rosa Sally Hansen, paquete de 6
Lejía Clorox, tamaño industrial
Pasadores Diane, paquete de 4
Espejo de mano Seafoam
Camiseta “I Love New York” blanca, talla pequeña

Abr.

Fideos Ramen Nongshim, paquete de 24
Bolitas de algodón, 100 unidades
Tarjetas de “Gracias por su lealtad”, 30 unidades
Solvente tolueno POR-15 404040, un cuarto de galón
Lámpara de uñas UV LED
Aceite para cutículas, paquete económico
Uñas postizas transparentes de acrílico, 500 unidades

May

Advil (ibuprofeno), paquete de 4
Vicks VapoRub, paquete doble
Lima eléctrica portable para uñas
Parche térmico muscular Salonpas, 40 unidades
Labial “Night Out Red”
Pastelitos zebra de chocolate Little Debbie, 4 cajas

Jun.

Maceta grande imitación barro, juego en descuento
Leche condensada Carnation, paquete de 6
2 recipientes transparentes para acrílico en polvo o líquido (arte de uñas)
Tarjeta de feliz cumpleaños –hijo– con efecto pop-up de madre e hijo
Shorts de básquetbol Nike Elite, para hombres, talla chica

Jul.

Juego de polvo de uñas dorado Saviland
Holographic, 6 colores
Café instantáneo Nescafé Taster’s Choice
Advil (ibuprofeno), paquete de 4
PIXNOR Removedor de Callos de doble cara para pedicura
Bengay Crema para aliviar dolor, paquete de 3

Ago.

Vestido de verano ocre con estampado floral
Newchic, talla 6
Chicle Wrigley doble menta, paquete de 8
Silla Adirondack plegable de plástico para patio, azul colonial

Sep.

Limas y pulidores de uñas, 10 unidades
Protector solar Coppertone, 180 ml.

Oct.

Cobija de vellón CozyNites, rosa
Pastillas Sleep-Ease de melatonina, 90 unidades
Almohadillas para alivio del dolor Icy Hot, máxima fuerza

Nov.

Tampax, 24 unidades
Pasadores resina falsa, 3 paquetes

Dic.

Advil (ibuprofen) máxima fuerza, 4 paquetes
Bombillos Tru-Gro en forma de tulipán, 24 unidades

Ene.

Feb.

Healthline caminadora plegable (abrefácil)
Vela Yankee, Noche de verano, frasco grande

Mar.

Turbante para quimioterapia Chemo-Glam, rosa amanecer
Calcetines blancos de mujer, talla chica, paquete de 12

Abr.

Bufanda de algodón Chemo-Glam, estampado de jardín de flores
“Mamá guerrera” camiseta de campaña contra el cáncer de mama, rosa y blanca

May.

Corsé ortopédico de soporte lumbar Mueller 225

Jun.

Tarjeta de cumpleaños — “Hijo, siempre estaremos juntos”, diseño de Snoopy

Jul.

Urna de aluminio Eternity, grabada con una paloma y una rosa, pequeña
Marco para fotos Perfect Memories, 8 x 11 pulgadas, negro
Bálsamo para labios Burt's Bees, miel, pieza única

Ago.

Sep.

Jardín de ventana, hierbas, Easy-Grow

Oct.

Placa conmemorativa personalizada YourStory, 10 x 8 x 4 pulgadas
Abrigo de invierno, azul marino, extra chico

Nov.

Calcetines de lana, grises, un par



OCEAN VUONG nació en Saigon (Vietnam), en octubre de 1988, y creció en Hartford, capital de Connecticut (Estados Unidos).

Su obra ofrece un acercamiento extremadamente íntimo a los traumas que vertebran su vida: su condición de extraño tanto en su país natal como en el de acogida, su relación con su madre, la ausencia de su padre, su orientación sexual, su adicción a las drogas... Como persona que tuvo que emigrar a los dos años de edad y como defensor de los derechos LGTBIQ, sus poemas constituyen un profundo acercamiento a temas como el deseo, la pérdida y la transformación.

En 2016, la publicación de su primer poemario, *Cielo nocturno con heridas de fuego*, hizo que su recibiera atención internacional. El título recibió galardones de prestigio como el T.S Eliot o el Whiting Award. En 2019 debutó como novelista con su obra *En la tierra somos fugazmente grandiosos*.

TAMBIÉN EN VASO ROTO

CIELO NOCTURNO CON HERIDAS DE FUEGO,
el primer poemario de Ocean Vuong

Vuong escribe con la humildad y el orgullo de quien se sabe el primer alfabetizado en una familia en la que la poesía siempre fue oral, y demuestra su amor por la lengua y el país que le sirvieron de refugio. Pero no por ello deja de manifestar extrañeza: escribe como inmigrante, refugiado y homosexual en una América marcada por el prejuicio y los traumas de una guerra sin la cual no hubiera nacido, pero que le marcó con el estigma del exiliado.

Traducción de Elisa Díaz Castelo
Edición bilingüe inglés-español
176 pp. · 21 euros
ISBN 978-84-949457-8-6



[illegible]

**Ahora puedo decir
que era hermoso,
mi daño,
porque me
pertenecía
sólo a mí.**

**«Ni siquiera», *El tiempo es la madre*
Ocean Vuong**